

## “No era yo”

Hay historias en esta vida sobre injusticias, algunas llegan a su fin y obtienen su recompensa, otras, como la mía, aún esperan por su final. No todo siempre es color de rosa, y para una persona que toda su vida había vivido en esa tonalidad, los colores lóbregos no son algo de soportar ni mucho menos de mezclar, por el contrario, no logran mezclarse, solo inundarte y desteñirte hasta quedar de ese mismo color, no hay balance.

Como dije, mi vida siempre fue pensada, planificada y perfeccionada, no había fallas en la lógica, al menos todo estaba muy bien a los ojos de mis padres, pero no para los míos, necesitaba algo más, por así decirlo, libertad, poder escoger y conocer más allá del colorido mundo que se solía pintarse en el telón de mi vida. Un día, tomé la decisión de proponerle a mis padres un viaje de estudios al extranjero para poder abrir mis horizontes y a la vez que serviría en un futuro para aquel telón que ya mencioné. En fin, fue muy sorprendente cuando ellos aceptaron, inclusive dejaron que pudiese decidir hacía dónde quería ir, y por alguna razón, mi mente solo pensó en Japón.

Es así como todo fue perfectamente preparado y asesorado, y por esa razón, le dije a mis padres que les escribiría lo más seguido posible, y que incluso podía escribirles una revista, incluyendo todas las aventuras de mi viaje, ¿por qué? Porque así me había acostumbrado toda mi vida, a contarles cada paso que yo cometiese.

Martes 25, 1990

Londres, cañonazo del medio día y maletas en la puerta. Este sería el comienzo de un relato sin fin. Por alguna razón, mi estomago estaba más descompuesto de lo usual, mi mente, pensamientos y frases en japonés para poder llegar a mi destino y mi mochila, papeles y documentos para poder abordar un viaje tranquilo.

Mis padres dejaron todo dentro del auto y nos dirigimos al aeropuerto, todo fue muy rápido ya que mi vuelo estaba por irse, así que decidí comer algo a la rápida con ellos y abordé. No podía creerlo, estaba sola, sin el mando de nadie, estaba sola y podía hacer muchas cosas por mí sola, bueno, no todas si mi japonés fuese mejor, pero, en fin, estaba sin libertad condicional, estaba bajo completa libertad y libre albedrío. El viaje, por cierto, fue muy ameno, pero por alguna razón el clima no me daba una buena señal.

El vuelo aterrizó con fuertes lluvias sobre Tokio, Japón. Todo desde el cielo se veía muy iluminado y así fue como me convencí de que la decisión de mi destino había sido la correcta, o eso creí. Por temas de horario, seguía en el mismo día, algo así como viajar en el tiempo, lo que puso en mi mente diversas teorías difíciles de describir. Cuando tomé el taxi, y vi todas esas personas que para mí

eran similares, se sumó a mi mente la teoría de que existen muchas personas en el mundo iguales que nosotros, no tomé gran importancia y solo observé un Tokio de luces bajo la lluvia.

Llegué muy cansada al hostel y una viejita japonesa me recibió en la puerta, se sobresaltó muchísimo al ver mi cara, ¿sería por ser extranjera?, quién sabe. No dejó de mirarme ni por un segundo hasta que cerré las puertas del ascensor, tomé un poco de señal y llamé a mis padres para confirmar que había llegado muy bien y lo feliz que estaba bajo esta nueva oportunidad.

Miércoles 26, 1990

El despertador sonó a las 10:00am, pero yo, por fin no debía cumplir con horarios, y me levanté a las 11:00 am, saqué algunas cosas de mi maleta, me vestí, me lavé la cara y fue a conocer la que sería mi casa durante un año y por supuesto, a buscar un desayuno para mi pobre estomago que rugía de hambre. En ese entonces bajé y no estaba la abuelita, estaba un señor el cual también muy sorprendido, de pies a cabeza no podía creer que yo estuviese de pie. La verdad, creo que no me afectó porque supuse que todos me mirarían raro por ser extranjera y no poseer el estereotipo japonés.

Bajé a la tiendita del hostel y por sorpresa ahí se encontraba la viejita, quien me evitó a toda costa, pero no podía parar de mirarme con esa misma sorpresa que la noche anterior. En fin, le pagué y comencé a recorrer la ciudad. Algunas personas no me miraban y otras, lo hacían más de lo usual, tal como la abuelita y el caballero.

Este día no tuvo muchas cosas interesantes, la vida se reorganizaba para volverse habitual, sin perder el encanto de mi actual ciudad.

Domingo 30, 1990

Le dije a mis padres que estos días no les había escrito mucho, ya que fueron días en los que solo ordené mis maletas y decoré todo a mi gusto. Les conté lo lindas e ingeniosas que eran las cosas que uno se encontraba en los mercados, como China está cerca, llegan muchas cosas más ingeniosas y aquí en Japón es todo tan dulce, o más bien dicho "kawaii", que le dan un estilo propio.

Hoy bajé a comprar y pensando en que los días ya habían pasado, la abuelita sería más amable conmigo, pero no, seguía con esa cara de como si hubiese visto un fantasma y cada vez más pálida, pronto ella se convertiría en un fantasma, no yo.

Pensé mucho durante la noche intentando dormir, ya que sería el inicio de una nueva semana, conocería nueva gente, nuevas amistades y viviría un proceso de estudio diferente al de Londres. La moda era diferente, los pensamientos eran diferentes y yo sería la cara extraña que llegaría a irrumpir en su normalidad. Me hice tantas preguntas, me puse a pensar si me verían tan mal como me veían en el edificio y si tendría que acostumbrarme a ese nuevo estilo de vida, hasta que dieron las 6:00am con tanto pensamiento que lo único que hice fue meterme a la ducha y prepararme para un nuevo día.

Lunes 1, 1990

Eran las 7:30am y yo ya estaba camino a mi Universidad, recorrer los campos camino a ella era una experiencia inigualable, poder caminar y sentir seguridad, era lindo. En los tiempos que iba al colegio, no podía hacer ese tipo de cosas, alguien me llevaba y me traía de la casa al colegio y del colegio a la casa. También, el ver que se podía mezclar todo lo oriental con lo tecnológico, era maravilloso, y podía desbloquear millones de pensamientos que lograba diferenciar del viejo mundo con el mundo occidental.

Cuando llegué a la Universidad, no me dio curiosidad que todos me miraran de cierta manera por ser extranjera, lo que me causaba curiosidad era que hubiese más extranjeros como yo, solo que a mí me miraban con la intensidad y admiración con la que dirigían sus caras hacia mí. Era extraño. Cuando llegué a mi clase, el profesor aún no entraba, hasta que vi que el rumor que yo había llegado a esa Universidad se había expandido por todo el campus y no solo el profesor no entraba a la sala aún, sino que ningún profesor entraba a su sala por estar todos fuera de mi sala observando a mi ser.

Jueves 4, 1990

La verdad, no quise seguir escribiendo sobre mis días, no hay nada que cambie, mi presencia sigue afectando a los demás, que en sus caras lo reflejan y me hacen sentir más incómoda de lo usual, nadie se me acerca, nadie me habla y no entiendo el por qué, ni siquiera compañeros que son extranjeros lo han hecho. No sé si quiera seguir escribiendo al saber que estaré sola todo este tiempo, y que mis días serán de estudio y conocer quizás nuevos lugares, pero lo pienso y me dan ganas de solo salir para hacer lo justo y necesario, porque si salgo, ya sé que todo el mundo me mirará en la manera que lo hacen y lo tendré más que claro.

Viernes 5, 1990

Dije que no iba a escribir más, no quería leer mis notas y saber lo triste que lo había pasado en mis días, pensé que con más libertad, podría hacer muchas cosas de las que nunca hice bajo el techo de mis padres, mis ánimos habían bajado al 70% y lo único que me daba energía era contarle mentiras de lo linda que era la gente y lo bien que iba mejorando mi japonés al hablar mientras tomaba el té con tapioca en alguna cafetería frente a la Universidad y con millones de etnias con las que congeniar, pero todo era mentira.

Sin embargo, hoy fue diferente, algo que no me esperaba, algo que podría cambiar mi ánimo del 1 al 100. Iba caminando por el campus camino al árbol en el que siempre buscaba sombra y me sentaba a almorzar, esa tarde del viernes, un joven, muy guapo, por cierto, se acercó a mí. Dentro de mis pensamientos no me importaba nada, yo solo quería alguien con quien hablar y contarle mis aventuras de extranjera. Él vestía una chaqueta de cuero negra, zapatillas converse y su pelo era largo y tan brillante, que me dieron ganas de preguntarle qué clase de shampoo ocupaba.

Se acercó a mí de forma muy dominante y su mirada hacía pensar que conocía mis secretos más oscuros y mis heridas del pasado. Su cara me intimidó demasiado, se acercó aún más a mí, me tomó el brazo y me zamarreó hasta un lugar en donde nadie pudiese vernos. Cuando llegamos, él solo pronunció la frase "vete de aquí, y si es posible de este país" y me dejaba tirada en ese lugar tan feo que había elegido para mencionar lo que quiso decir. Le pregunté el por qué, pero solo se alejó y no respondió a mis cuestionamientos.

Llegué al hostel, la cara cada vez más pálida de la abuelita me apenaba cada vez más, hasta que me armé de valor y cuando le dirigí la palabra, solo me miró y se alejó, así también lo intenté con el señor que se encontraba cerca, pero hizo lo mismo. ¿Cómo podían hacerme sentir mal sin decir ni una sola palabra? Me quedé triste y decidí dormir, por supuesto nada de esto le mandé a mis padres.

Lunes 8, 1990.

El fin de semana me la pasé con mucha comida rápida, ramen y películas japonesas, hasta que la lluvia logró generar un apagón general que me indujo al sueño. Tuve sueños muy raros, no voy a mentir. Los fui recordando mientras caminaba hacia la universidad, hasta que nuevamente el joven sin nombre se acercó a mí incluso antes de llegar a mi destino. Volvió a insistirme, e incluso con esa mirada me retó, sentí el "por qué sigues aquí" pero él no habló, con su mirada lo dijo todo. Por alguna extraña razón, su advertencia me daba más ganas de quedarme y saber por qué debía irme y la vez, me daba mucha más curiosidad saber quién era y por qué su mirada se me hacía tan particular y en el fondo,

hiciera que me gustara. Corrí hacia él y le pedí que me esperara a la salida y que lo podía invitar a tomar algo mientras nos conocíamos, sé que era lunes, pero ningún día de la semana es impedimento en Japón para ir por una cerveza, y sí, sería mi primera cerveza con un joven guapo y desconocido.

Cuando salí de clases, lo vi afuera, esperándome, tal y como habíamos acordado, su cabello negro se me hacía cada vez más atractivo y por alguna razón, escuchar su voz era genial, quizá era porque no hablaba con nadie. En el camino a Shibuya, lugar donde tomaríamos un par de cervezas, no hablamos, y cuando me digné a hacerlo, él solo me ignoró hasta que llegamos. Nos sentamos y por un buen rato hubo silencio hasta que con varias cervezas sobre mí le dije que cuál era el motivo porque todo el mundo me miraba como si fuese algo raro, algo diferente y casi como un fantasma, a lo que respondió que así lo era, un fantasma. Me quedé helada, ¿un fantasma yo? No esperaba recibir esa respuesta y jamás pensé que esa iba a ser la razón por la cual debía irme, para nada yo era un fantasma, yo era de carne y hueso y le mencioné lo estúpido que sonaba su comentario sabiendo que yo estaba bebiendo cervezas con él. Y así lo afirmó, me dijo -eres un fantasma, pero así todo me gustas-.

Ya no entendía nada, era o no era un fantasma, pero me gustó haber oído que a pesar de todo le gustaba, me sonó muy raro y mi cabeza no daba para tanto con tantas cervezas dentro, hasta que él se paró, me tomó en brazos y ni siquiera pidió mi dirección, solo se dirigió y llegó hasta la entrada mi la puerta de mi pieza, no entendí en ese entonces cómo lo había sabido, solo recordé haber visto que por fin la cara de la viejita había cambiado al mirarme, esta vez su cara irradiaba pena, y supe que era por mí.

Martes 9, 1990.

Desperté sabiendo que ya había perdido el día, eran las 2pm y mi cuerpo se sentía pesado y sin ganas de moverse, pero tuve que vestirme y bajar a comprar comida, por alguna razón, mis acciones estaban predeterminadas y donde jamás he mirado, miré, había un papel que decía "No creas lo que te digan- Y". Por lo que supuse que era el joven misterioso de chaqueta de cuero el que había escrito eso. Bajé y la cara de pena de la abuelita no había cambiado, pasé rápidamente al negocio del hostel, compré bebidas de vitaminas para reponer aquella resaca y un poco de ramen instantáneo para cuando mi hambre apareciese. Cuando por primera vez quería evitar a la viejita, esta me habla y me ofrece ayuda, me pregunté el por qué y seguí caminando, a lo que volvió a insistirme esta vez agregando a su frase "estás en peligro".

Como había dicho "Y" no le hice caso, él sabía que esto iba a pasar y lo escribí para mí, aunque no dejé de pensar lo que esa señora me había dicho, después de mirarme con tanto desprecio y luego ofrecerme ayuda, debió ser por algo. Ese día

perdido, lo usé para poder ordenar un poco mis estudios y poder llegar a tiempo y en conjunto con mis compañeros a las clases, ya que se acercaban las festividades de fin de año y en conjunto, los exámenes de la Universidad.

Viernes 19, 1990.

Dejé de escribir por un tiempo, los días se hicieron más difíciles y los estudios más complejos, pero esta vez me sentía más acompañada y por eso no sentía la necesidad de escribir para saciar el vacío de la incertidumbre y la soledad, porque conmigo estaba Y, o como ya lo conocía Yuta, y sí, después de todo, se volvió alguien en quien podía confiar y sentirme más que feliz estando con él, aunque nuestro comienzo hubiese sido llamándome fantasma, pues nunca volvimos a tocar ese tema.

Cada día que pasó sin escribir, era una visita constante de "Y" a mi habitación y un constante recordatorio de que no debía creer en nadie más aparte de lo que él dijese, porque cada día que pasase, era un ofrecimiento de parte de la viejita de la entrada. Como nunca fue amable conmigo, tampoco debía creer lo que ella me dijese.

Lunes 22, 1990.

Eran vísperas de navidad, y con "Y" decidimos pasar las fiestas en Osaka, así que tomé un par de cosas y las guardé en una mochila para esa aventura de cervezas y regalos. Al bajar para esperar que "Y" fuese por mí, se acercó la viejita del hostel para desearme una feliz navidad y me entregó una cajita, pero me mencionó que solo debía abrirla cuando realmente lo sintiese, por último, me suplicó no asistir al viaje, pero como era mi novio y era mi primer viaje con él, imposible aceptar lo que ella me pidió.

"Y" fue por mí, le agradecí y nos fuimos en taxi rumbo a la estación de buses para irnos directo a Osaka, fue un viaje de toda una noche, por lo que escuchamos música y comimos triángulos de arroz.

Martes 23, 1990.

Eran aproximadamente las 5am, y el paisaje se veía un tanto brumoso, por lo que puse la música y contemplé el paisaje. De repente, recordé el regalo de la viejita, por lo que sentí la necesidad de abrirlo, cuando lo abrí, no pensé en mejor regalo que ese, era una cámara análoga y un rollo de fotos los cuales podría ir mirando a lo largo del viaje.

El trayecto era largo, por lo que esperé un poquito para que aclarara y pudiese ver los rollos a través de la luz que daba a mi ventana. Aproximado a las 6am, ya se podían ver pequeños rayos de luz, pero el paisaje se me hizo un poco tenebroso, lo que recurrí a evitar y me puse a buscar el rollo de fotografías. No me esperé nada de lo que pude observar. Era yo, pero a la vez no, no podía creerlo, era yo, pero ahí sí era un fantasma, en las imágenes captadas, se podían ver mis pies flotando, mi alma vagando por pasillos que reconocía y algo que solo la cámara podía captar. Mi viaje se perturbó por completo, pero preferí no hablarlo con "Y" y esperar a pasar una linda navidad en donde trataría de olvidar todas esas imágenes. En el trayecto faltante, intenté dormir, pero los recuerdos se hacían más latentes y nuevos miedos en mí se habían desbloqueado, podía escuchar voces, podía sentir la voz de la viejita rezando por mi cuidado y la cabellera de "Y" se hacía cada vez más pesada sobre mi hombro.

Por fin llegamos y de inmediato, "Y" se dio cuenta de que algo pasaba por mi mente, pero prefirió no preguntarme, sin embargo, su mirada penetrante, me decía que ya sabía todo, cómo lo sabía todo y qué veía en mí. En ese momento intenté calmarme y fingir que estaba todo bien, pero los ánimos y mis sospechas bajo los ojos de "Y" se hacían cada vez más presente, ¿Cómo siempre supo cada paso y cada situación que iba a suceder? Es como si todo lo hubiese tenido planeado.

Para calmarme, "Y" compró un té, le puso 2 cucharadas de azúcar y una de bolitas de tapioca, tal y como a mí me gustaba, le acertó, porque jamás le dije cómo me gustaba a mí el té, pero de eso no dudé.

Se me olvidó muy rápido toda la angustia que sentía en el viaje, como si hubiese tenido algo ese té que me hizo olvidarlo. Pasamos momentos muy lindos, hice cosas que jamás había hecho en mi vida y ya casi ni le enviaba lo que escribía a mis padres, solo lo escribía para mí y atesoraba cada momento vivido. En esos momentos de euforia, "Y" me miraba con esa mirada que penetraba en mí y pude sentir cómo esos ojos me traían recuerdos con intensidad, volví a mi realidad, y supe que lo había hecho con intenciones, pero decidí ignorarlo, su comportamiento era cada vez más raro e imágenes más era las cuales pedían a gritos ayuda para salir de ahí.

Jueves 25, 1990.

Ya al medio día me encontraba en casa, y no era la misma sensación, el ambiente se sentía pesado y las imágenes eran más potentes para mí, empecé a alucinar y mi cabeza era una bomba de tiempo a punto de explotar. Bajé y ni en la tienda ni en la recepción se encontraba la viejita, eran personas completamente desconocidas, nunca vistas y me saludaron con caras extrañamente amables. Afuera, ninguna realidad era la que yo conocía, los autos eran mucho más

antiguos, había sectores donde yo sabía que ahí existían edificios, pero que en ese entonces no estaban.

Jueves 25, Pt2, 1990.

Sofía subió muy rápidamente y se ocultó bajo sus sábanas, la noche cayó muy rápido y desde mi perspectiva, sentía el olor a miedo que a su pieza invadía. La lluvia fue mi acompañante y la que le dio el toque para poder llevar a cabo el recuerdo de mi adorado plan. Ella sintió cuando la sangre entró por su puerta hasta que alguien tocó, era yo, muy confiado entré y le di la conformidad que necesitaba, le dije que todo estaría bien y que por eso estaba ahí, que la sangre eran solo las gotas de agua que traía mi paraguas por la lluvia de Tokio.

Todo fue mentira, en ese entonces, la induje a un sueño casi profundo, en el que aproveché de tomar cada una de sus extremidades y atarlas al son de la música a cada una de las esquinas de la cama, abrí mi maletín y me dispuse a esperar su despertar. La noche la sintió eterna y por cada minuto que pasó y fue su dolor, para mí fue la mejor velada de la vida y mi máximo refulgencia, poder llegar a su alma fue mi resplandor y para ella, la noche de su defunción.

Sentí cómo sonaban las sirenas de los carros de policías en el primer piso, por lo que guardé en mi maletín este diario y me senté a esperar su llegada. Al momento de tomarme detenido, sonreí y le pedí perdón a Sofía, pero que siempre fue Jane y me retiré a carcajadas.

Hoy mientras escribo cada detalle de mi locura, debo confesar que nunca fue Sofía quien escribió este diario, fui yo, porque esta historia ya estaba contada, pero como en la primera no dio el resultado que quería, decidí poner en la mente de Sofía las ansias de Japón y llevar el alma pura de Sofía a la similitud del alma de Jane, el alma pura que sus padres lograron crear en ellas, las perfectas hermanas que nunca supo una de la otra, quienes lograron caer en mis manos para consumir cada color vivo de su vida y desteñirlo hasta convertirlo en el mismo color de la chaqueta de cuero con la que ella siempre cada una de ellas, me recordó.

Hoy en mis días de encierro, espero pronto escribir la historia de Melina, la tercera hermana a la cual nunca se le va a mencionar las dos anteriores y la cual me daría mucho gusto encaminarla para que pudiese conocerlas y poder vivir con ellas en un rollo fotográfico que nadie más podrá conocer en el tiempo, ya que viaja en contra de él.

Espero de todo corazón que sus vidas pronto puedan reencontrarse en otra más, en donde yo no pueda seguir escribiéndoles su futuro, sino que logren crearlo ellas mismas y poder vencer el rollo fotográfico que persigue sus almas, si lo vencen, ese futuro es suyo. Se despide el amor más grande de sus vidas, Y.

Y.

